

Ermuko Udal Liburutegia / Biblioteca Municipal de Ermua

Para siempre

*

Perdí las llaves de mi coche en Rumanía. Caí rodando por la nieve y las llaves se me salieron del bolsillo. Las vi caer y las vi también hundirse en la nieve, pero al levantarme Abril ya las tenía en la mano. Estaba a mi espalda. Sujetaba las llaves y se reía de mí. Habíamos ido hasta Rumanía en busca de Drácula y habíamos terminado en una reserva de osos. Los osos eran pardos pero parecían blancos porque la nieve se pegaba a su pelaje. Había más de doscientos osos viviendo en la reserva, pero nosotros únicamente vimos alrededor de una decena. Uno de ellos estaba subido a un árbol y solo lo descubrimos cuando la mujer que nos guiaba señaló hacia su copa y nos dijo que allí arriba, en la parte más alta, había un oso. Yo grabé un vídeo en el que se ve la copa del árbol y cuando regresé de Rumanía se lo enseñé a mis amigos y les dije que allí, en la parte más alta, había un oso encaramado. Y mis amigos miraron la pantalla de mi teléfono móvil con atención, y yo miré la pantalla de mi teléfono móvil con atención, pero lo cierto es que ninguno de nosotros logró ver al oso entre las ramas.

En la reserva de osos la temperatura rondaba los doce grados bajo cero y, cuando llegamos, la chica que nos acompañaría durante toda la visita abrió los brazos, dibujando con ellos y con el resto de su cuerpo una cruz, y dijo: «Welcome to the romanian winter». La chica era rumana pero nos habló en inglés porque la visita se realizaba en ese idioma. Era rumana y era muy delgada y llevaba un gorro que le cubría las orejas y cuando algún oso hacía algo divertido como tumbarse bocarriba o comerse la piel de una naranja, ella se quitaba los guantes y sacaba una pequeña cámara digital del bolsillo de su anorak y le tomaba una fotografía, me resultó extraño que, trabajando allí, todavía se sorprendiera por ese tipo de cosas.

Además de doscientos osos, también había un caribú y dos lobos. Los lobos juntos y el caribú solo. Estaba detrás de un árbol y, cuando pasamos frente a él, se asomó para vernos. Nos miró durante un segundo y después volvió a esconderse. Parecía una de esas mujeres mayores que observan lo que ocurre en la calle a través de una pequeña grieta en la cortina del salón.

Eso era todo lo que había en la reserva. Doscientos osos, un caribú, dos lobos y una cabaña de madera desde la que se partía al comenzar la ruta y a la que se regresaba al terminar.

Dentro de la cabaña había una máquina que servía chocolate caliente a cambio de una moneda de diez *lei*. Cuando me caí rodando por la nieve y perdí las llaves de mi coche que un momento después encontró Abril, llevaba uno de esos chocolates calientes en las manos.

Era Navidad y estábamos en Rumanía. Habíamos ido hasta allí un poco para buscar a Drácula y un poco para intentar encontrarnos a nosotros mismos. La noche previa al viaje dormimos juntos y Abril me dijo que estar a mi lado le hacía daño. Yo le pedí perdón. Fue como en esa secuencia de una película de Wes Anderson en la que están Frances McDormand y Bill Murray tumbados en la cama y él le dice que lo siente y ella le pregunta que por cuál de todas las heridas que le ha producido se está disculpando, y entonces él contesta que por todas aquellas que todavía continúan abiertas. El caso es que era Navidad y estábamos en Rumanía y hacía tanto frío que la mayoría de los bares y de los restaurantes habían montado unos pequeños iglús con paredes de plástico transparente en las puertas de sus negocios para que los clientes pudieran tomar una cerveza mientras contemplaban la nieve.

La primera noche dormimos en Bucarest y cenamos en uno de esos iglús plastificados. La carta estaba escrita en rumano y no la entendíamos, pero nos guiamos por las fotografías. Al final nos trajeron la cena y los platos que tomamos no se parecían en nada a los platos que aparecían retratados en la carta.

En Rumanía hace frío y todo el mundo miente.

Alquilamos un coche por internet y cuando llegamos allí el precio que querían cobrarnos por él no era el precio acordado. Las imágenes de las habitaciones que habíamos reservado tampoco se parecían en nada a las habitaciones en las que acabamos durmiendo, el castillo de Drácula resultó no ser el verdadero castillo de Drácula y, en todos los restaurantes en los que parábamos a comer, ofrecían una sopa de ternera servida en el interior de una hogaza de pan que nunca estaba disponible.

«Es por el frío —dijo Abril—. Se pasan el día caminando sobre la nieve y al final el cerebro se les acaba llenando de escarcha y por eso están de mal humor y mienten». Eso fue justo lo que dijo y a mí me recordó a ese diálogo de la película *Los lunes al sol*, en el que Santa intenta convencer a Lino de las bondades de vivir en las antípodas: «Y allí la gente está de mejor humor. Por el clima, también. El clima en Australia es la hostia, Lino. ¿Tú sabes por qué se les llama las antípodas? Porque significa lo contrario. Anti-podas. Lo-contrario. Lo opuesto que aquí. Allí hay trabajo, aquí no. Allí follas, aquí no. Pues eso, las antípodas».

*

En la entrada del hotel en el que nos hospedamos en Bucarest había un Papá Noel vestido de verde. Medía cerca de dos metros y estaba articulado. Sonaba música y él bailaba. Era un baile extraño, más propio de un familiar borracho frente a la orquesta de una boda que de una figura navideña. El Papá Noel verde y articulado movía las

rodillas y también los codos y algunas veces parecía que estuviera bailando y otras veces parecía que estuviese esquiando por la ladera de una colina. Sobre su cabeza había un letrero de neón con forma de flecha que indicaba el camino a seguir para llegar a la recepción.

La habitación era grande y el desayuno horrible. Nos fuimos sin pagarlo. No lo hicimos de forma premeditada; abonamos la noche que habíamos pasado allí, pero la chica que se encontraba al otro lado del mostrador olvidó incluir el desayuno en la factura. No le dijimos nada. Nos dimos la vuelta y salimos del hotel regresando a la calle junto al Papá Noel verde y articulado. Seguía bailando. El desayuno era tan malo que no nos sentimos culpables.

*

Subimos al coche y abandonamos Bucarest rumbo a Transilvania atravesando la carretera de Transfăgărașan. «¿Te gustaría convertirte en un vampiro y ser inmortal?», me preguntó Abril. «Si fuese así vería morir a todas las personas a las que quiero», le contesté. «Podrías morderlas y así ellas también vivirán para siempre», respondió.

*

De camino a Brasov paramos en Busteni. Sobre la carretera principal vimos un puente que dividía el pueblo en dos porciones equidistantes. Subimos y tomamos varias fotografías de los tejados de las casas cubiertos de nieve. Bajamos y, de camino al restaurante más cercano, estuvimos fantaseando con la posibilidad de instalarnos allí durante varios meses para escribir. En mi fantasía, ambos escribíamos juntos. No le pregunté a Abril por la suya.

*

La segunda noche dormimos en Brasov. Antes de pasar por el hotel, entramos a un pub ubicado al final de un estrecho callejón con las paredes repletas de libros usados. El suelo del callejón estaba cubierto de nieve y los libros de las paredes húmedos y curvados.

El camarero que nos atendió llevaba un sombrero de vaquero que le hacía parecer el propietario de un *saloon* en una película de Sergio Leone. También había dos televisores, cada uno colocado en un extremo del local, en los que emitían videoclips. Ambos televisores estaban encajados en sendos marcos dorados, lo que les hacía parecer cuadros en movimiento. Pedimos dos cervezas y las tomamos en una mesa alta junto a un ventanal. Abril salió a fumar y yo la acompañé. El callejón estaba más frío que la cerveza que nos acababan de servir.

*

Llegamos a Bran el tercer día, entramos en la habitación que habíamos reservado —con vistas al castillo de Drácula—, nos sentamos en el marco de la ventana y contemplamos el exterior sabiendo que aquel castillo que estábamos observando no era el verdadero castillo de Drácula.

Abril se encendió un cigarrillo y dijo que en el fondo no era tan importante, que seguía siendo un castillo bonito, rodeado de nieve y árboles, aunque Drácula no hubiese pasado allí dentro ni una sola noche.

*

El último día que estuvimos en Rumanía visitamos el Castillo de Poenari —la verdadera residencia de Vlad Draculea—. No había ninguna señalización que nos indicara el lugar exacto en el que se encontraba y la primera vez lo pasamos de largo.

Tampoco el GPS era capaz de ubicar con exactitud sus coordenadas. Finalmente dimos con él. Un trozo de muro marrón en lo alto de un acantilado. A los pies de la ladera había un camping en el que se podía pasar la noche y un restaurante con terraza en la que vimos a un perro grande y dócil que se tiró al suelo para que acariciáramos su lomo cuando nos acercamos.

Había que subir unas escaleras para llegar hasta el castillo. No era más que una fachada en ruinas. Abril y yo nos quedamos de pie —uno al lado del otro— durante un par de minutos. En silencio. Corría un ligero aire que levantaba algo de polvo a nuestro alrededor. No había mucho que hacer allí, pero no nos movíamos porque habíamos recorrido tres mil quinientos kilómetros para ver aquello. Ya sabíamos lo que encontraríamos, pero aún así fue decepcionante comprobar que frente a nosotros solo quedaban un puñado de escombros.

Volvimos a Bucarest para dormir la última noche y descubrimos una especie de santuario con cuatro piletas llenas de agua sobre las que flotaban decenas de velas. Eran velas largas y estrechas. Algunas estaban encendidas y otras apagadas. Pasamos un buen rato allí, frente a las piletas llenas de agua y de velas, encendiendo las que se habían apagado con el fuego de las que todavía permanecían prendidas. También encontramos un cementerio, con el suelo y las lápidas cubiertas de nieve, y le tomamos algunas fotografías, pero no logramos que en ninguna de las imágenes se captara la sensación que se transmitía estando dentro de él.

*

No sabíamos muy bien cómo debíamos despedirnos. Una de las ruedas de la maleta de Abril se había roto durante el viaje y le costaba arrastrarla por los pasillos del

aeropuerto. Salimos fuera. Hacía frío, pero no nevaba. «Ha estado bien», me dijo. Y yo solo asentí porque no tenía muy claro si se refería al viaje o al castillo o a los osos o a nosotros. «¿Sabías que Bram Stoker escribió Drácula en 1897 pero que no se tradujo al rumano hasta 1990?», le pregunté. Abril respondió que no moviendo ligeramente la cabeza. «Son más de cien años. Cien años es mucho tiempo», dije. «Hubiera estado bien saberlo antes de ir —dijo ella sonriendo—. Voy a parar un taxi, esta maleta me está matando». Levantó el brazo y un coche se detuvo a su lado. Nos dimos un abrazo y ella me besó en la mejilla. Estábamos muy cerca y pude percibir el olor a menta del chicle que masticaba. El conductor introdujo su equipaje en el maletero. Abril se subió al taxi, bajó la ventanilla y, un instante antes de que el vehículo se pusiera en marcha, me preguntó: «Si fueras un vampiro, ¿me morderías para que yo también viviera para siempre?».